

CAPITULO X.

UNA VIEJA CHOCOLATERA.

SANCHEZ es una verdadera presea para el interes creciente de nuestro relato: le sabemos muchas cosas y hemos de decirlas, inocentemente.

Sanchez no tenia solo una casa, tenia dos; pero tal lujo de domicilios habia permanecido hasta entonces envuelto en el misterio.

Pero doña Felipa tenia una amiga y amiga de la tia Anita. Era la tal otra vieja chocolatera que se alternaba en chocolates y habladurias con doña Anita.

Esta vieja se llamaba doña Zeferina, tenia un hermano

clérigo que la mantenía, y doña Zeferina no vivía, hacia muchos años, sino para procurar la salvación de su alma; obra por demás erizada de dificultades, pero que todas, en concepto de la misma doña Zeferina, estaban allanadas completamente.

Veamos su sistema.

Doña Zeferina madrugaba y oía la primera misa que se decía en la iglesia de su barrio; volvía á su casa á desayunarse, y en seguida emprendía el camino hasta la iglesia donde estuviera el circular; allí oía la misa mayor y rezaba dos novenas que siempre traía entre manos: una andada y aplicada por sus propias necesidades, que eran algunas constantemente; y otra por oficiosidad por los cuidados y desgracias de alguna de sus amigas, á quienes, como debe suponerse, nunca les faltaban cuidados y desgracias.

Volvía á su casa á comer, dormía siesta y se levantaba para ir á tomar el chocolate á alguna visita: los lunes con las monjas, martes con una comadre, miércoles con las hermanas de su confesor, jueves con una amiga, viernes en la casa de Sanchez; el sábado tenía mucho que hacer y el domingo se quedaba á comer en alguna parte, y el lunes anudaba el turno nuevamente.

El chocolate no le impedía concurrir al depósito, al sermón, á los desagravios ó á la novena solemne en alguna iglesia.

Lo único que cambiaba la monotonía de su vida, era

el ir por una amiga ó amigas á su casa para ir en su compañía á la iglesia.

Doña Zeferina tenía la costumbre inveterada de comer en la casa de sus amigas cada día de cumpleaños, y en algunas partes se quedaba á dormir, porque no había quien la llevara á su casa de noche.

A doña Zeferina nunca le faltaba que hablar, tenía materia abundante para todo el año, contando en una casa lo que oía en otra, circulando las noticias de las funciones religiosas, y describiendo las fiestas de familia á que concurría.

Sabía de memoria el calendario; y más exacta que las interesadas, avisaba con anticipación en cada casa:

—No se te olvide, mi alma, que el 22 de este es San Anastasio y el 29 San Francisco; ahí tienen ustedes á doña Anastasita la Ortiz y á mi señor D. Francisco el licenciado, á quien tantos favores le debe tu familia; no se te vaya á pasar.

Un viernes entró doña Zeferina á la casa de Sanchez.

—Buenas tardes, Felipita. Anita, ¿cómo te ha ido? ¿cómo están todos por acá? ¿cómo está el señor Sanchez y Amalia y la Chata? ¿cómo les ha ido de tiempo?

—Buenos todos, á Dios gracias.

—¿Y D. Aristeo?

—Bien.

—¿Con que todos buenos? ¿cuanto me alegro! de santos nos debemos dar con que no haya venido por aquí la plaga de los catarros de mis pecados; acabo de venir de la

casa de las hermanas de mi padre confesor, que es tan bueno y tan santo, y todas, mi alma, todas están del catarro, perdidas; si es en la casa del licenciado, lo mismo: tiene dos niños con tos ferina, de mucha gravedad, y hasta una de las madres, de las madrecitas las pobres, me la he ido á encontrar con un constipadazo que hasta parece pulmonía; vamos, si te digo, mi alma, que yo no sé adonde vamos á parar con tanto catarro; es el tiempo, es el tiempo; estos cambios tan repentinos, que sale una caliente, y zas, allá van los estornudos y catarro para una semana; ¡como ha de ser, que se haga en todo la voluntad de Dios! ¡Si te digo que yo ya no sé que plaga nos faltará, porque todo se nos junta! ¡todo! ¡todo! ¡porque si es de arranquera, no me digas, que están todos que se sorprende uno! ¡Y vaya, si dijéramos los pobres; pero no, mi alma, los ricos también! ¡asombra ver en ese montepío los primores que llevan! ¡y qué alhajas! ¡qué córtes! ¡qué tápalos chinos! ¡todo de gente que tienel! ¡conque figúrate como estarán las cosas, Felipita de mi alma y de mi vidal! ¡pero como ha de ser! ¿Conque por acá todos buenos?

—Sí, vamos pasando.

—¿Y en paz?

—Así, así.

—Ave María Purísima, ¿conque.....

—Ha habido de todo.

—¡No lo permita la cruz de mi rosario, Felipita de mi alma! ¡qué me cuentas! ¿conque ha habido de todo? yo, mi alma, como ya soy vieja no me sorprendo de nada;

pero ve uno unas cosas que con razon; ¡ya se ve! ¡es imposible, imposible que ciertas cosas salgan bien, porque ya sabes que del cielo á la tierra, no hay nada oculto, y el día que uno menos lo piensa ¡dios! se descubre todo, porque ya sabes que nunca falta un yo lo ví; si te digo, mi alma, que estoy aburrída; ¡ya no quiero vivir, Señor, ya no quiero que me cuenten nada, pero qué quieres! le cuentan á uno y no hay remedio; ¿yo? ¿pues cuándo sabia nada de lo de acá? estaba muy quitada de la pena cuando me dice una señora que oye misa conmigo:

—¿Usted visita la casa de Sanchez?

—¡Como no, mi alma, le dije; si Felipita es íntima amiga mía!

—Y la pobre de Amalia, ¿no sabe nada todavía?

—¿De qué?

—¡Cómo de qué! de la muger esa que dicen que tiene el señor Sanchez, y que es la causa de tantos disgustos.

—¡Conque eso te dijeron! exclamó doña Felipa sorprendida.

—Eso.

—¡Mira que gente tan lenguaraz!

—Oye, mi alma, en cuanto á lenguaraz yo respondo que no, porque lo que es esa señora la he visto comulgar y me debe el mejor concepto; es una señora grande y no creo...

—¡Ah! pues eso es una calumnia, mi hermano es incapaz de tener otra muger, que bastante tiene el pobrecito con Amalia, que lo tiene sacrificado por el lujo que gasta.

—Pues yo sentiria mucho que fuera cierto, pero has de saber que yo ya tenia mis antecedentes.

—¿Tú, tú tambien? ¿luego lo crees? Ya lo ve usted, tia Anita, ¡oh! si no se puede ya tratar con nadie, si las gentes tienen una lengua, que yo no sé adonde vendremos á parar.

—Pues yo nada pongo, mi alma, y si yo te digo esto es en descargo de mi conciencia; pero ni pongo ni quito, y sobre todo, que lo que fuere sonará, porque ve uno tantas cosas.....

—No, pues ahora es preciso averiguar la verdad, porque eso es muy grave, y necesitas decirme quien te lo dijo ó me peleo contigo.

—El pecado se dice, pero no el pecador.

—¡Es una cosa de honra!

—Por lo mismo.

—Dime quién te lo dijo.

—No, mi alma, porque el chisme agrada, pero el chismoso enfada.

—Pues esto no se puede quedar así, ni yo he de permitir que el pobre de mi hermano ande por ahí en boca de todos como trapo viejo, porque si yo doy con la habladora la he de poner como ropa de pascuas.

—Mira, Felipita, que lo mejor será que yo averigüe, porque seria mucho descaro inventar todo lo que me han dicho.

—¿Pues qué te han dicho?

—¡No, cómo quieres que te lo diga cuando te exaltas

tantol y lo que es yo no he de ser la causa de que te vayas á morir de un derrame de bñlis; ¡Dios me libre! yo tambien me moriria de pesadumbre.

—Te ofrezco no exaltarme, pero dime lo que te han dicho, que al menos siempre es bueno saber á que atenerse.

—¿Pero me ofreces.....

—No tengas cuidado, dime lo que sepas.

—Pues ya te digo que nada invento; me dijeron que el señor Sanchez tiene otra casa: y esto no puede ser mentira, porque sé el número y la calle, y quien vive allí. Ahora, en cuanto á que el señor Sanchez paga la casa, no me cabe duda porque he visto los recibos, que me los enseñó el cobrador; y te diré mas: conozco á la señora.

—¿Sí?

—¿Te acuerdas de la extranjera?

—¿Qué extranjera?

—¡Vaya! mi alma, la de los rizos.

—¿Esa?

—Esa.

—¿Y qué?

—Esa es la que vive allí, por cuenta del señor Sanchez, y la tiene bien puesta; pues si vieras que vestidos de seda y que castañas y que tren; ¡vaya! sobre que pasa por su muger en la vecindad.

—Me dejas de una pieza! conque quiere decir que tú sabes.....

—Yo sé muchas cosas, no porque las pregunto, porque eso sí no tengo, curiosa; pero le cuentan á uno.

—Pues mira, mejor será saberlo todo de una vez, te encargo que te informes bien, porque si eso es cierto es necesario ver como se remedia.

A la sazón que esto pasaba en la asistencia, en el corredor resonaron unos gritos; era Sanchez.

—¿Y usted qué quiere? preguntó Sanchez á un hombre que lo habia estado esperando una hora en el corredor.

—Este recibo, dijo el hombre.

—¿Qué recibo?

—El del periódico.

—Ya he dicho que no me importunen; yo no he visto gente mas molesta que los impresores; vuelva usted mañana.

—Señor, llevo ocho dias de estar viniendo.

—¿Y eso que me importa?

—A mí sí, porque para cobrar seis reales, vengo hasta quince veces seguidas.

—¿Parece que usted es un poco altanero?

—No, señor, y la prueba es, que suplico á usted que me pague ahora, ó que me cite usted para dia fijo.

—¡Quite usted allá con su dia fijo! ¿cuanto es?

—Seis reales.

—¿Seis reales?

—Sí, señor.

—Vuelva usted mañana.

—¡Pero señor!

—Ya dije que mañana.—A ver, Pizarro, agregó gritando, no me deje usted subir á estos ociosos y el que venga á cobrar, que no hay dinero, que solo pago los dias primero de cada mes; ya es preciso cortar este desórden.

A mí me van á arruinar en este México; recibitos á todas horas ¡habrase visto! no parece sino que no tiene uno el dinero mas que para tirarlo en lo primero que se les antoja; ¡recibitos á mí!

—¿Qué le ha sucedido á usted, compadre? le preguntó Don Aristeo.

—Qué me ha de suceder, que ya me acaban; yo no he visto gente mas molesta que estos cobradores de periódicos; no hay dia en que no haga diez cóleras.

Don Aristeo se encogió de hombros.

—¿Qué le parece á usted que será bueno hacer, compadre?

—¿Me pide usted un consejo?

—Sí, ¿por qué me lo pregunta usted?

—Porque generalmente pedimos un consejo, cuando estamos menos dispuestos á aprovecharnos de él.

—¿Ya me va usted á salir con sus ranciedades, compadre?

—Ya sabe usted que yo soy rancio, pertenezco á la pelea pasada.

—¡He amanecido de buenas! exclamó Sanchez con enfado.

Don Aristeo guardó silencio.

—Vamos á ver, compadre, sea usted de la pelea pasada ó nó, necesito que me inspire usted una idea.

—Platicaremos, compadre; platicaremos, pues de la discusion nace la luz.

—A ver, ¿qué le parece á usted que debo hacer?

—¿Cuanto tiene usted, compadre?

—Pues..... qué sé yo..... haga usted cuenta: el sueldo, las casitas, en fin, ponga quinientos pesos cada mes.

—¡Hermosa renta! ¿y así se queja usted, compadre?

—Ya usted lo ve, no me alcanza para nada, debo un dineral y cada día las cosas se complican de una manera, que yo no sé á donde iremos á parar.

—Y..... ¿cuanto gasta usted, compadre?

—Huum..... eso sí no se lo puedo decir, ya me conoce usted, yo sé tirar el dinero como pocos.

—Ya lo veo, y en eso está el mal.

—Pues si en eso quiere usted encontrar el remedio, perdemos el tiempo.

—Minore usted sus gastos, compadre.

—¿Qué menos puede gastar un hombre al mes que media talega? hay lores que gastan medio millon.

—Sí, compadre, pero porque lo tienen.

—Yo gasto lo que tengo.

—No, gasta usted mas; mucho mas.

—Pero es indispensable.

—En eso está el error; Amalia gasta mucho lujo.

—¡Amalia! cómo habia de gastar Amalia lo que gasta michi ca.

—¿Quién? preguntó D. Aristeo frunciendo el ceño.

—¡Cómo! ¿pues qué no sabia usted, compadre? ¡vamos! pues ahora sí veo que está usted en *bábia*, me parecia que le habia contado á usted.

—No.

—Pues es el caso que Manuel, ¿ya conoce usted á Manuel? mandó traer una *cocota*.

—¿Una qué?

—*Cocota*, compadre, ¿no sabe usted lo que es *cocota*?

—No.

—Una queridita.

—¿Conque la mandó traer?

—Sí; y despues de seis meses me dijo un día echando albuces: oye, Sanchez, siempre he pensado volverme á Francia; ¿cuanto me das para mi *cocota*?

—¡Jesus, María y José! ¡qué inmoralidad!

—No me venga usted ahora con sus sermones porque no le cuento, compadre.

—Está bien, siga usted.

—Pues, hombre, le dije á Manuel, ¿ella qué es lo que necesita?

—Con trescientos pesos cada mes se conforma; la tienes dos ó tres meses y despues se la pasas á algun amigo.

—Negocio arreglado, le dije, y me quedé con la *cocota*.

—¡Pero, compadre! exclamó D. Aristeo.

—Y como este Manuel es tan célebre y tiene tanto talento, me convidó á cenar una noche para hacer el testamento; y oiga usted, la escena estuvo de lo mas original.—Ket-

ty, le dijo á la *cocota*, aquí tienes á Sanchez, íntimo amigo mio, etc. etc.—y me hizo la entrega. Al dia siguiente me estrené pagando una cuenta á la modista, y segun las instrucciones de Manuel, deslicé en la mano de Ketty algunos billetes de banco, y lo peor del cuento, compadre, es que llevo ocho meses de esto y estoy en quiebra.

Don Aristeo se habia cogido la cabeza con ambas manos y permanecia aturdido.

—¿Y no seria lícito, dijo de repente D. Aristeo, ministrar á esa señora unas píldoras de estriquina como á los lobos?

—¡Qué barbaridad, compadre! ¿pero por qué?

—Porque es un animal muy caro; ¡trescientos pesos cada mes! por una..... qué?

—*Cocota*, compadre.

—¿Y qué tiene de raro esa *cocota*?

—¡Que es hermosísima!

—De cuerpo puede ser, compadre, pero de alma, decididamente es un demonio.

—¡Si viera usted que buenos sentimientos tiene!

—¿Y se deja traspasar como un mueble?

—¡Ah! qué quiere usted, compadre, esos son los usos europeos, y en su calidad de *cocota* tiene que.....

—¿Tiene qué? ¡Compadre, por el amor de Dios! si esto no se ha visto ni en Gomorra!

—No, efectivamente; allí estaban atrasados; de eso hace tantos años!..... hoy la muger se explota de distinta manera; qué quiere usted, la civilizacion!

—Sí, compadre, la muger ha llegado á ser un mueble de lujo; estoy cierto que usted no puede querer á esa *cocota*: ¿*cocota* se dice?

—Sí, compadre.

—¡Ha visto usted nombre! No está en las *Pandectas*, es nombre nuevo.

—Es nombre frances; en Paris se dan las *cocotas*, y ya lo ve usted, se dejan importar.

—Ya lo creo, un mueble de esos! y luego tan caro!

—¡Ah! pero es una criatura angelical; si viera usted que alma, compadre!

—¡Por vida de usted, compadre, que no me vuelva usted á hablar de sus prendas morales, porque me va usted á volver loco. ¿Como puede haber sentimientos nobles en un corazon tan corrompido?

—Sobre que le digo á usted que es un ángel.

—¡Vamos! yo no sé una palabra, el mundo ya cambió completamente, y yo estoy en pañales; tiene usted razon, compadre, será un angel; pero déjelo usted que se vuele.



Lit. Vilasana y C.^a

D. Arísteo.

En esta edición se repitió la estampa anterior. Hoy la reponemos á los S^{res.} Suscritores.